

DIVAGACION SOBRE LA TORRE DE BABEL

En estos tiempos de estraperlo, o de postestra-perlo y de superficial mentalidad, el estudiante no estudia. Jamás lo hizo, salvo honrosas excepciones, pero ahora puede afirmarse que esto de estudiar ha pasado a la historia, quizás porque la gente nace ya siendo sabia, y porque los analfabetos suelen ir en coche con harta mayor frecuencia que las personas doctas. Sin embargo, hay un tipo de estudiante que prolifera de un modo curiosísimo, y es el estudiante de idiomas.

Todo el mundo quiere aprender idiomas, con un afán utilitario muy loable, y de tal empeño bien pueden predecirse días de gloria para nuestro comercio y nuestras relaciones internacionales, ya que en pocas partes podrá apreciarse hoy día el afán por imponerse de las hablas extrañas como en nuestras latitudes, y ello algún fruto dará, que duda cabe.

Hay varios tipos de estudiantes de idiomas. El primero es el estudiante puro, o sea, socialmente inútil. Yo conocí a uno que aprendió a la perfección seis idiomas extranjeros, sin que pudiera articular una sola frase en ninguno de ellos. Y era una delicia verle traducir y leer lo que en dichos idiomas componía: hasta versos.

Luego viene el estudiante-cohete: es el que quiere aprender una lengua extranjera en dos o tres meses. Los primeros días de su nueva tarea de estudiante aparece con los ojos brillantes, la mente despierta, los labios temblones, a punto de ejecutar los más duros ejercicios fonéticos. Luego, lentamente, se desinfla, se agota, como cualquier jugador de fútbol, y su espíritu languidece, la amnesia de los vocabularios hace su aparición, y es hombre al agua. Generalmente ese tipo de estudiante de idiomas no vuelve a coger un libro de gramática en su vida, y escucha solamente las emisoras de radio españolas.

Tenemos también al estudiante de idiomas que pretende solamente descifrar los secretos de una única lengua, por aquello de que vale más comer poco y digerir bien. Si acomete el francés, se afrancesa, establece correspondencia con chicas francesas — correspondencia que lleva celosamente por su parte en español — y adquiere revistas francesas, si puede ser que no estén en venta en los kioskos, mejor. Aprende canciones de Mouloudji, si es inteligente, y de Tino Rossi si no lo es. Si su meta es el inglés, ha de salvar primero el escollo de una inicial perplejidad: ¿se inclinará por el chicle o por el paraguas? Más breve y claro: ¿su disfraz, ha de corresponder al estudiante consciente de la responsabilidad que los norteamericanos tienen adquirida ante el mundo libre, o debe

orientarse hacia la tradición de la empobrecida ex-Gran Bretaña? De dichos estudiantes, unos adoptan la postura ligeramente envarada y «high-brow» de la Rubia Albión, mientras otros prefieren el jersey multicolor y los andares sueltos del hombre del Norte de América. La cosa, por ahora, anda repartida.

El estudiante de alemán pasa su calvario ante las declinaciones, — aunque haya estudiado latín, porque estudiar latín no es garantía ninguna de saberse las declinaciones — y con los verbos separables. Generalmente, este estudiante es ya mayorcito, en posesión del título de médico o de ingeniero y creyó, allá por 1944, que lo de Alemania se había acabado para siempre, y ahora descubre que no hay tal, y que sin conocer el alemán jamás penetrará buena parte de los secretos de su profesión...

Vivimos en una torre de Babel perpetua. Los hombres se las han ingeniado para dotarse de una lengua universal, y siempre han fracasado en la porfía. Lo del esperanto hace sonreír a cualquiera que esté un poco enterado de la realidad de las lenguas. Y conste que el esperanto es una cosa perfecta. Pero, ¿han visto Vds. que alguna cosa perfecta haya triunfado jamás en este mundo? Pues, por esto mismo....

¿Llegan a dominar una lengua los que estudian una lengua? Yo creo que no. Porque nadie en el mundo domina ni aún su propio idioma. No hablaremos ahora del desconocimiento por parte de quienes las hablan de las llamadas lenguas regionales, porque da risa. ¿Cómo van a conocer pues un lenguaje extranjero? Dicen que, residiendo en el país de que se trate, la cosa varía. En tal caso, a lo más que pueden aspirar los interesados es a dominar el lenguaje coloquial, casi nunca el verdadero espíritu profundo de la lengua. Una gran cantidad de catalanes son capaces de reír los chistes andalucísimos de una comedia de Pérez Fernández y se atascan ante la palabra «anaquel», para no hablar de la imposibilidad de leer a Saavedra Fajardo, pongo por caso.

Entonces, ante lenguas extranjeras, ¿qué posición cabe adoptar? La de la más cristiana resignación, créanme. Estudien, estudien ustedes, y prueben a hablar un poquitín esa dichosa lengua viva que estudian. Para salir del paso, ya basta.

Y esto es lo que hay que procurar. Salir del paso, como en todas las cosas de la vida. Pretender más es una insensatez, y ningún profesor de idiomas debiera dejar de advertirlo a sus alumnos. Sólo a fuerza de mucha aplicación y buena dosis de práctica, se puede conocer medianamente un idioma extraño. Pero es que sólo a base de muchos trompicones y bastantes años de malvivir se puede llegar a adivinar ligeramente el sentido de nuestra propia vida. Eso, llevando los ojos bien abiertos, que hay muchos que los llevan obstinadamente cerrados, y así les luce el pelo.

J. V. A.